



"Lo difícil es mantener la alegría. Consideraciones en torno a las crónicas de *Aurora roja* de Efraín Huerta"

Asunción Rangel  
(Universidad de Guanajuato)

**Resumen:** En el artículo se expone, a partir de algunas crónicas de *Aurora roja* (1936-1939) de Efraín Huerta, en qué consiste la idea de alegría y por qué ésta se convierte en un principio que articula la obra temprana y periodística de Huerta. Su idea de la alegría, de la sangre como cifra de la violencia y del odio, pero también como cifra del amor y de la concordia está contenida en las crónicas "La rosa blindada", "Ciudades en el aire", "Las cosas turbias" y "El niño furioso", por mencionar algunas. A partir del análisis de la crónica, se establecen lazos y resonancias con poemas fundamentales de la obra del poeta: "La rosa primitiva", "Declaración de amor" y "Declaración de odio", principalmente. En la obra temprana como en la madura de Huerta, como se intenta mostrar, la alegría aparece como cifra de la sangre, de la juventud y de la concordia.

**Palabras clave:** crónica, poesía, poética, Efraín Huerta, análisis literario

## **Las rosas rojas de Efraín Huerta**

La ciudad imaginada por Efraín Huerta estaría poblada por rosas. No serían, sin duda, rosas de ceniza, inmateriales o huecas –como aquellas imaginadas por el poeta Xavier Villaurrutia–. Tampoco la helada emanación de rosas pétreas, esa manera de llamar a la inteligencia de José Gorostiza, encontraría espacio en esa ciudad en el aire huertiana. No serían, ni qué decir, las rosas en que se cifra la idea de un logro absoluto y de perfección. O quizá lo sean, pero pasadas por un cedazo fundamental: el de la regeneración.

El color de esas rosas que habitan la ciudad imaginada por Huerta, poco importa. Lo que interesa es que están hechas de sangre y que, en consecuencia, su color esencial es el rojo. Se trata de esa sangre derramada en solidaridad, de la sangre como sinónimo de la vida.

De la sangre de los dioses mezclada con masa de maíz, dice el *Popol Vuh*, nacen los hombres. En el Génesis, el Levítico y el Deuteronomio la vida y la sangre son, sin rodeos, sinónimos. Vehículo del alma: la sangre. El brebaje de la inmortalidad, de acuerdo con la Biblia, es una mezcla de agua y de la sangre que fluye de la llaga de Cristo. Pero la sangre también da cuenta del calor vital y corporal, es el vehículo de las pasiones.

Ésta es la sangre que tiñe de rojo las rosas que habitan la ciudad imaginada por Huerta: una surgida de un acto violento, una surgida de un odio primitivo, pero que también pulsa infinitamente por amor, por pasión.

### **De *Aurora roja* a "La rosa primitiva"**

Los grupos de escritores, congregados, regularmente, en torno a una revista o a ciertos supuestos acerca de lo que entienden por escribir literariamente, suelen distinguirse por el cultivo de cierto género literario. Pensemos en la Generación del Medio Siglo: Juan García Ponce, Salvador Elizondo, Julieta Campos, Sergio Pitol –por mencionar algunos, y obviando la vasta discusión sobre si pertenecen o no a una generación–, se dedicaron con ahínco a escribir novelas o cuentos. Anterior a esta generación, el grupo de Contemporáneos se distingue por la escritura de la poesía. Tómense en cuenta los poemas de largo aliento como *Muerte sin fin*, de José Gorostiza, o *Canto a un dios mineral*, de Jorge Cuesta, sin olvidar los nocturnos de Xavier Villaurrutia.

Nacido en Silao, Guanajuato en 1914, Efraín Huerta –el gran Cocodrilo– suele ser ubicado como un escritor pertenece a la generación de la revista *Taller* – así lo dejan ver las plumas especializadas en la materia–. Fundada en 1936 por Rafael Solana, esta publicación congrega a poetas de líneas de pensamiento literario y político que se antojarían disímiles: Enrique González Martínez, Neftalí

Asunción Rangel. "Lo difícil es mantener la alegría. Consideraciones en torno a las crónicas de *Aurora roja* de Efraín Huerta"

Beltrán, Jaime Torres Bodet, Carlos Pellicer, Salvador Novo, Xavier Villaurrutia, Elías Nandino, Carmen Toscano y el jovencísimo Efraín Huerta.

De 1935 a 1986, Huerta publica una veintena de poemarios en donde las declaraciones de odio y de amor a la ciudad reverberan todo el tiempo. Es indiscutible la popularidad que gozan entre los lectores "Declaración de odio", "Declaración de amor" y "Los hombres del alba", pertenecientes al libro que lleva por título el de este último poema y publicado en 1944.

Entre 1936 y 1939, a sus veintidós años, el también autor de *Los poemas de viaje* (1949-1953), dedicaba sus horas y su pluma a otro género discursivo que fue visto con cierto desdén por los escritores *de literatura*, por los escritores *de poesía*. Me refiero a la crónica, y particularmente a la crónica periodística.

Este desdén de los escritores *de literatura* puede advertirse en, por ejemplo, algunas de las apreciaciones de escritores anteriores –muy anteriores– a los años de producción de Huerta. Justo Sierra –en cuya obra se articula buena parte de la tradición literaria mexicana–, dirá del trabajo periodístico: "El periódico [es el] matador del libro (el matador de *Notre Dame*), que va haciendo de la literatura un reportazgo, que convierte a la poesía en el análisis químico de la orina de un poeta" (en Ramos, 2009: 192). Manuel Gutiérrez Nájera, por su parte: "En esta vez, como en muchas, el telégrafo ha mentido. Ese gran hablador, ese alado y sutil *repórter*, no espera a que la noticia se confirme para transmitirla

Asunción Rangel. "Lo difícil es mantener la alegría. Consideraciones en torno a las crónicas de *Aurora roja* de Efraín Huerta"

[...] y no repara en los males que pueden producir sus balbuceos, sus equivocaciones, su mala ortografía. Es industrial, comerciante. [...] El telegrama no tiene literatura, ni gramática, ni ortografía. Es brutal" (192). A todas luces se advierte el desdén del género por sus carencias literarias, poéticas.

En la crónica hay una gana por descifrar la inmediatez, por dar cuenta de lo novedoso y de lo actual. Los recursos de los que el cronista echa mano, sin duda, tienen un pie en el ejercicio periodístico, y el otro en el ámbito literario. La premura, si se quiere, con que suele ser escrita la crónica, dista mucho del trabajo demorado y detenido que supone la escritura del verso. La crónica es sucia, por así decir, mientras que el verso es pulcro y perfecto. Ésta es una de las muchísimas razones por las que al cronista se la ha visto como escritor menor. Pero habría que aludir a las excepciones: *Relato de un naufrago*, de Gabriel García Márquez; la copiosa obra periodística de Rubén Darío y José Martí; y, por supuesto, a los escritores de la lengua inglesa que precedieron y/o formaron parte del llamado *New Journalism*: Daniel Defoe y Truman Capote, por mencionar sólo a dos.

De los escritores cercanos a las fechas de producción escritural de Efraín Huerta, habría que mencionar a Octavio Paz, quien dedicó algunas de sus reflexiones bajo el cobijo del género crónica. Por ejemplo: la *Pequeña crónica de grandes días* (1990), un texto que forma parte de la pléyade de ensayos literarios pacianos. Hay que mencionar, en esta línea, los premios que el Nobel mexicano

Asunción Rangel. "Lo difícil es mantener la alegría. Consideraciones en torno a las crónicas de *Aurora roja* de Efraín Huerta"

recibió a propósito de su trabajo periodístico: el Mariano de Cavia (España) en 1995 y el Premio Nacional de Periodismo de México en 1998.

La crónica, vista como un género menor, pero tratada como un vértice que estructura todo el sentimiento, emocionalidad y pensamiento no sólo literario, sino también ideológico, político y cotidiano, aparece en la fascinante obra de, por mencionar sólo algunos ejemplos, Salvador Novo, Jorge Ibarguengoitia, Carlos Monsiváis y, por supuesto, el Gran Cocodrilo.

Monsiváis, otro agudo lector de poesía,<sup>1</sup> como lo fue también Huerta, dedicó parte de su variada producción escritural a la crónica, como es sabido. Pero también al estudio de la misma. Su amplio y minucioso estudio sobre Salvador Novo es una muestra de ello. Respecto de la aparente premura y descuido con el que se escribiría la crónica, me permitiré reproducir aquí las apreciaciones de Antonio Saborit en unas líneas que abren el texto *Las esencias viajeras* (2012) de Carlos Monsiváis:

[...] escribía a mano sobre hojas de reuso que aún era preciso transcribir, en original y copia, además de revisar, antes de consentir, su destrucción al pasar por los procesos de edición, formación e impresión. A tal grado se habituó a la disciplina, en ocasiones asfixiante, de los plazos de entrega del periodismo que terminó por ver en ellos el alivio a su natural inclinación por la procrastinación, pues descubrió que bajo la creciente pasión del último minuto puede presentarse la posibilidad de fijar en un apunte la esencia viajera de una aseveración útil, de una frase elocuente, de una conjetura o incluso de una idea (16).

Disciplina y medios de subsistencia, sin duda, fueron algunas de las enseñanzas del trabajo periodístico, como lo fueron también para Efraín Huerta.

Premura, en efecto, pero también multiplicidad y variedad de las texturas escriturales de la crónica, así como los variados temas que en ella entran, han representado una serie de dificultades para su definición y encasillamiento, para esa propensión del pensamiento científico y presuntamente objetivo de definir, explicar y delimitar un género. A esa diversidad e "inconsistencia" de la crónica – rasgos que la convierten en un discurso difícil de apresar–, hay que sumar un asunto importantísimo: el tipo de lector al que está dirigida. No se trataría, sin duda, del lector de la revista literaria o de la novela o del libro de poemas. Se trata de un lector "ocasional",<sup>2</sup> en cuyas manos ha caído el periódico, y cuyos ojos han tropezado en ese apartado de la publicación, un lector que, para decirlo con Gutiérrez Nájera, busca, no la ortografía y la gramática, sino la brutalidad.

Las crónicas periodísticas de Efraín Huerta, las escritas entre 1936 y 1939, recogidas en el título *Aurora roja* en 2006, son un *prietito en el arroz*, si pensamos en Huerta como poeta. Si la crónica es, en efecto, un género bajo y la poesía un género diferente, estetizante, para cierto lector especializado, las 101 crónicas que componen *Aurora roja* encarnan todo lo opuesto a lo estetizante, a lo especializado. Sin embargo, en ellas se encarna, también, buena parte del pensamiento, de la pulsión ideológica y poética de este autor. Si pudiéramos darle un nombre a esa fuerza que reverbera y resuena en toda la escritura

huertiana, y no sólo para sus adentros, sino como toda una manera de estar en el mundo, de vivir en y a pesar de él, sin duda, sería el de la alegría.

En estas páginas intentaré describir, a partir de algunas crónicas de *Aurora roja*, en qué consiste esa alegría y por qué se convierte en un principio que articula lo meramente escritural, pero también como un principio vital en la obra de Efraín Huerta. Antes, me permitiré indicar qué se entiende aquí por un "adentro" y un "afuera" cuando se habla de la obra, en el caso particular de este escritor.

Efraín Huerta participa, con su poesía, de un proyecto estetizante de la literatura. Es un poeta que conoce perfectamente la tradición literaria –y no sólo la mexicana de su tiempo, sino también la extranjera de diversas épocas o periodos–; y domina las formas retóricas y poéticas en la escritura del verso. A esto me refiero con el "adentro" de su obra. Por una suerte de "afuera", se entiende aquí todo aquello que no tiene que ver con la pureza del lenguaje poético: la calle, los bares, las marchas, la muchacha ebria, los obreros, el atardecer, una conversación con Andrea Huerta –su hija–; en suma, esa masa amorfa llamada realidad, y en el caso de Huerta, la vida misma. En este tenor, me parece que la filiación de un poeta de la talla de Jorge Cuesta con la llamada "poesía pura", permitiría advertir –más o menos– el contrapunto en que habita la escritura huertiana.



El autor de *Canto a un dios mineral* (1942, publicado luego de la muerte del poeta) y de unos cuarenta de poemas (publicados entre 1927 y 1942), es, en opinión de Christopher Domínguez Michael, "el primer intelectual moderno de México" (2007: 104). En opinión de Ignacio Sánchez Prado:

[...] la ruta intelectual de Jorge Cuesta, que comienza, sobre todo, con la publicación de la *Antología de la poesía mexicana moderna* en 1928, se caracteriza por el movimiento de un concepto de literatura pura como una forma de deslinde frente al Estado hacia la utilización del lugar de enunciación producido por este deslinde como una forma de criticar al poder. Esta trayectoria ocurre en un momento en que la hegemonía ideológica tiende hacia al izquierda, empezando con el liberalismo secular de la presidencia de Plutarco Elías Calles hasta el triunfo del socialismo en Cárdenas (2006: 76).

El deslinde frente al Estado será capital para el proyecto intelectual y sobre todo poético de Cuesta. Por decirlo de alguna manera, no le interesaba discutir los efectos del socialismo y de la ideología de izquierda, mucho menos en su literatura. La suya, era una "poesía pura": un asunto meramente intelectual, desprovisto de los emotivo, muy lejano al discurso nacionalista.

En el envés, se encuentra la poesía, el talante, la escritura y el temperamento de Efraín Huerta. En muchas de las crónicas contenidas en *Aurora roja* no tiene empacho en criticar duramente la poesía "fabricada por canallitas y viciosos, buscadores eternos del mejor sistema para encanallarse más" (Huerta, 2006: 133). A esa "inteligencia en llamas", como ha sido llamada la de Cuesta, el Gran Cocodrilo opone, con toda la sangre, la ciudad en llamas, las calles en llamas, en suma: la plástica de la alegría que poco tiene que ver con la aguda y refinada sabiduría que se desprende del pensamiento, de la reflexión. Hay que

Asunción Rangel. "Lo difícil es mantener la alegría. Consideraciones en torno a las crónicas de *Aurora roja* de Efraín Huerta"

matizar: Huerta no reniega o desdeña el pensamiento que surge del librero, al contrario, abreva de él, pero siempre tiene presente, para decirlo con sus palabras, que "hay que salir a la calle" (124).

En principio, como intentaré describir aquí, está la rosa primitiva, la carne, la sangre, los huesos y la visceralidad que el poeta percibe cuando transita por las calles, en el momento en que contempla un atardecer, o cuando ese mismo cuerpo experimenta y vive su trayecto en un tren rumbo a Yucatán y se entera de la muerte de Federico García Lorca y escribe varias páginas que intentan dar cuenta del arrostramiento y la desesperanza que le representa la muerte del autor del *Romancero gitano*.

Trece años separan la escritura de las crónicas de *Aurora roja* y los poemas de *La rosa primitiva*. Los primeros textos fueron escritos entre 1936 y 1939, durante el periodo presidencial de Lázaro Cárdenas. Los siete poemas de *La rosa primitiva* fueron escritos

—así se indica en la *Poesía completa* de Huerta, compilada por Martí Soler en 1988— el 6 de octubre de 1949. Trece años aciagos que, sin duda, transformaron la visión del joven Huerta que escribía para el *Diario del Sureste* (de Yucatán) y para *El Nacional*, y un Efraín Huerta que vivía y asimilaba la no sencilla transición política, ideológica e intelectual en el periodo presidencial de Manuel Ávila Camacho. Digo años aciagos porque mientras el periodo de Cárdenas invocó al

Asunción Rangel. "Lo difícil es mantener la alegría. Consideraciones en torno a las crónicas de *Aurora roja* de Efraín Huerta"

socialismo como ideología del Estado, el de Ávila Camacho afianzó la alianza política entre el Estado y la burguesía nacional. Los *rojos*, como Huerta, dejaron de ser vistos con buenos ojos. Hay que agregar la distancia no sólo ideológica que Huerta tomó con su compañero de *Taller*: Octavio Paz. La Guerra Civil española, el socialismo, como es de esperarse, fueron los temas en donde se bifurcó la postura de ambos escritores.

Respecto de *Aurora roja*, Guillermo Sheridan apunta: "es pertinente no olvidar que estas crónicas fueron escritas por un joven poeta y que, por tanto, todo lo escrito incide en su poesía, o la refleja" (40). Acierta, sin duda, Sheridan. Sin embargo, los contenidos de esas crónicas reverberan o descuellan en la toda la obra de Huerta, no sólo en sus primeros libros de poesía. Su idea de la alegría, de la sangre como cifra de la violencia y del odio, pero también como cifra del amor y de la concordia está contenida ahí, y aparecerá –con diversos matices y, por supuesto, madurada, ni qué dudar– en, por ejemplo, el poema "La rosa primitiva".

### **Las ruinas del alba**

Hacia 1934, el poeta argentino Raúl González Tuñón había publicado su libro de poemas *La rosa blindada*. El joven Huerta dedicó no sólo una nota a ese libro, sino que abrevó de ahí muchas de las creencias poéticas que el argentino había

vertido en el prólogo a su libro y, por supuesto, en sus versos. Me refiero al homenaje y reconocimiento de González Tuñón al levantamiento de los mineros asturianos en 1934 –del cual da cuenta en el prólogo a su libro.

En 1937, Huerta escribe "La rosa blindada (un gran poeta argentino)", en donde celebra la lectura de los versos de González Tuñón, y no sólo eso, también se congratula por ver *reflejados* su talante y sentir. El Gran Cocodrilo celebra que los poemas de González "coincidan con el tono del llamamiento de Neruda, es decir, hacia una poesía sin pureza" (108). Y a continuación cita al chileno, autor de *Sobre una poesía sin pureza* (1935): "Una poesía impura como un traje, como un cuerpo, con manchas de nutrición, y actitudes vergonzosas, con arrugar, observaciones, sueños, vigilia, declaraciones de amor y de odio, bestias, sacudidas, idilios, creencias políticas, negaciones, dudas, afirmaciones, impuestos" (Neruda en Huerta: 108-109).

Es apenas 1937, a siete años de la publicación de *Los hombres del alba*, en donde figura el poema de Huerta que despliega esa suerte de definición de la poesía del Neruda de los años 30. Hablo, como se podrá suponer, de "Declaración de odio". Si en uno de los epígrafes, tomado de *Las brigadas de choque* de González Tuñón ("Esto no es un poema, es casi una «experiencia»"), y en esa idea de Neruda está la síntesis de un sentir y pensar poéticos, en el poema de Huerta está el análisis, el examen, las observaciones y exploraciones que le

Asunción Rangel. "Lo difícil es mantener la alegría. Consideraciones en torno a las crónicas de *Aurora roja* de Efraín Huerta"

merecen a su mirada poética. Y es que Huerta se viste de ese traje impuro, es un cuerpo derruido, es la mancha, el sueño y la vigilia, es el odio, la sacudida y la creencia política, tal como lo describe Neruda. "Declaración de odio" es, no un poema, sino casi una experiencia.

La sangre que une a González Tuñón con Huerta es la sangre que tiñe de rojo a las rosas. La rosa blindada del poeta argentino es una rosa que le profesa, como Huerta, un brutal odio y un brutal amor a la ciudad. Huerta prefiere, de los poemas de González Tuñón, "A las brigadas de choque", como lo indica en su crónica de *Aurora roja*: "Pero hay que aclarar: el poeta odia furiosamente porque su odio nace del desprecio que siente por lo abominable y necio que hierve en la ciudad" (109). Aquí, es ineludible citar esos brutales versos que Huerta dedica a la ciudad:

Te declaramos nuestro odio perfeccionado a fuerza de sentirte cada día más inmensa,  
cada hora más blanda, cada línea más brusca.  
Y si te odiamos, linda, primorosa ciudad sin esqueleto,  
no lo hacemos por un chiste refinado, nunca por neurastenia  
sino por tu candor de virgen desvestida,  
por tu mes de diciembre y tus pupilas secas,  
por tu pequeña burguesía, por tus poetas publicistas,  
¡por tus poetas, grandísima ciudad!, por ellos y su enfadosa categoría de descastados,  
por sus flojas virtudes de ocho sonetos diarios,  
por sus lamentos al crepúsculo y a la soledad interminable,  
por sus retorcimientos históricos de prometeos sin sexo  
o estatuas del sollozo, por su ritmo de asnos en busca de una flauta (2013: 104).

La ciudad monstruosa, deshecha, gris –para decirlo con palabras del poeta mexicano José Emilio Pacheco– es el tronco sólido y maltrecho que une, al

Asunción Rangel. "Lo difícil es mantener la alegría. Consideraciones en torno a las crónicas de *Aurora roja* de Efraín Huerta"

unísono, la voz de González Tuñón y la voz de Efraín Huerta. En una edición de 1996 de *Las brigadas de choque*, se lee:

Esta ciudad me ha llamado canallita y vicioso porque  
quise darle color.  
Porque anduve por ahí desparramando mi indudable fervor,  
porque bajé la luna hasta sus calles para alumbrarlas mejor.  
Porque a la compañía de las horteras  
prefería la de vagos y atorrantes.  
Porque a veces anduve con un traje roto  
[...]  
Esta ciudad cuyos cines apestan  
a escribanos públicos,  
a mujeres sin capacidad de pecado.  
Esta ciudad que todavía respeta  
un título de abogado (113).

A esta ciudad fustigada, González Tuñón quiso teñirla de rojo, poblarla de rosas. Al no lograrlo, el poeta argentino la vitupera con dureza, tal como lo hace el Gran Cocodrilo a propósito de la ciudad que él habita, y no sólo en la citada "Declaración de odio". En el envés, en la "Declaración de amor", descuella el azote, la censura y la crítica, pero también su contracara: la profunda alabanza, el profundo y absoluto amor. A los días pesadísimos de la ciudad, los días "como frutas podridas" (Huerta, 2013: 103), se contrapone un encomio de esta naturaleza:

Porque yo creo que el corazón del alba  
es un millón de flores,  
el correr de la sangre  
o tu cuerpo, ciudad, sin huesos ni miseria (107).

El parangón es contundente. El corazón del alba está constituido por flores, por la sangre que corre, pero también es un cuerpo; se trata de las flores, la sangre y el

Asunción Rangel. "Lo difícil es mantener la alegría. Consideraciones en torno a las crónicas de *Aurora roja* de Efraín Huerta"

cuerpo de la ciudad; se trata, sin más, de esos rasgos que se encarnan en las rosas huertianas. La fragilidad, la bestial fragilidad, sería el atributo que esos tres elementos comparten. Y Huerta lo sabe, y se duele y se fascina, al mismo tiempo, ante lo delicado y perecedero que resultan los cuerpos, la sangre y las flores; y su natural contracara: la dureza e inflexibilidad de los hombres que sólo ven –como algunas veces lo hace él– la dureza y melancolía, el desamparo. Esos hombres, dice Huerta, odian la ciudad porque no la comprenden, porque no perciben "cómo eres pura, amplia, / rojiza, cariñosa [...]" (107). El rojo sanguíneo, equivalente a pureza y amor, encontrará en la rosa el motivo recurrente en la escritura de Huerta. A la pulsión que nace en 1934 luego de la lectura de los versos de González Tuñón, se afianza, confirma y madura en los poemas de 1944, esto es, *Los hombres del alba*. En 1949, Huerta retomará esa pulsión que proviene del poeta argentino y que atraviesa muchas de sus crónicas de 1936-1939, para la escritura de "La rosa primitiva".

"Escribo bajo el ala del ángel más perverso:", nos dice en el primero verso de este magnífico poema. Sólo cobijado por esa perversidad, será capaz de percibir en todo su esplendor y amargura, la forma y textura de esa rosa primera:

Escribo las palabras y el penetrante nombre del poema,  
y no encuentro razón, flor que no sea  
la rosa primitiva de la ciudad que habito (146).

Las negaciones del segundo verso, se convierten en absolutas afirmaciones cuando el poeta escribe, y al escribir penetra en el nombre de una flor: la rosa roja

Asunción Rangel. "Lo difícil es mantener la alegría. Consideraciones en torno a las crónicas de *Aurora roja* de Efraín Huerta"

que se convierte en una de las maneras de afirmar, también, la alegría. Veamos primero en qué consiste ese esplendor y amargura que cifra la rosa huertiana:

Quédate con la rosa del calosfrío,  
la rosa del espanto estatuario,  
la inmaculada rosa de la calle,  
la rosa de los pétalos hirientes,  
la rosa-herrumbre del fierro desencanto,  
la primitiva rosa de carne y desaliento,  
la rosa fiel, la rosa que no miente,  
la rosa que en tu pecho debe ser la paloma  
del latido fecundo y el vivir con un pulso  
de gran deseo hirviendo a flor de labio (147).

Lo que priva es el desencanto, el desaliento, el pétalo hiriente que, al final, se convierte en su opuesto: la rosa sincera, la rosa que en vez de corazón es una paloma que permite el latido vital, el pulso sanguíneo como un deseo en los labios. Ésta es, me parece, una declaración de amor, un voto a favor de la alegría –incluso en condiciones desalentadoras–. La rosa primitiva convocará ambos lados de la misma moneda: la herida y el beso, la mentira y la fidelidad, el espanto y la fascinación. Esa rosa es, sin duda, la que deberá habitar la ciudad imaginada por Huerta:

Ama con sencillez, como si nada.  
Sé dueño de tu infierno, propietario absoluto  
de tu deseo y tus ansias, de tu salud y de tus odios,  
fabrícate, en secreto, una ciudad sagrada,  
y equilibra en su centro la rosa primitiva (147).



## Lo cruelmente fácil

No hay poeta que no haya dedicado un poema a la poesía. Algunas veces para vituperarla, otras veces para encomiarla; otras tantas, para manifestar su profundo odio y, a la vez, su profundo amor. Huerta no es la excepción. En "El poema de amor", fechado el 5-6 de junio de 1943 y perteneciente a *Poemas de amor y prohibidos*, hablará de la palabra poética y del poema amoroso en estos términos:

El poema de amor es la palabra  
que ya se dijo ayer, que hoy no se dice.  
[...]

El poema de amor bien puede ser  
un soñar escribirlo y declararlo (2013: 51).

En Huerta, todo acto está relacionado con el amor, sobre todo el acto de escribir. El amor en Huerta es la otra cara de una misma moneda: el hombre en el mundo que ama, pero que también odia. Ahí están las dos caras de la misma moneda. Vida y muerte, día y noche, sueño y vigilia, son algunas de esas duplas que no se pueden separar. Del mismo modo, odio y amor van de la mano; uno no es posible sin el otro. De manera análoga, la alegría no es posible sin su opuesto: el desazón, la tristeza.

El amor y el odio, la desdicha y el gozo, son asuntos de los que se ocupa tanto el joven Huerta de las crónicas de *Aurora roja*, como el Huerta de los

Asunción Rangel. "Lo difícil es mantener la alegría. Consideraciones en torno a las crónicas de *Aurora roja* de Efraín Huerta"

poemarios de la década de 1940. Respecto de las crónicas, el autor de *Los hombres del alba* escribe, hacia 1937, "Años de aprendizaje y alegría":

Y quiero aclarar una cosa: creo que el optimismo es una misión de la poesía; pero no su única misión. Porque la tristeza, el fastidio, la desesperación, la ausencia, la soledad, existen en forma de aplastante tragedia; porque también el crimen, la guerra, la miseria existen y se convierten en drama inevitable para el poeta. Todas las cosas nos matan con frecuencia el optimismo. Para hacernos alegres tenemos que poner toda nuestra voluntad; en cambio, una elegía o una lamentación resultan fáciles, cruelmente fáciles. Es juvenil, pero muy duro escribir (122).

Cuando habla de la juvenil y ardua tarea de escribir, Huerta se refiere a los poetas que escriben elegías, particularmente a la escritura de poemas dedicados a los hijos no natos. Me interesa destacar, de la citada crónica, los aspectos relacionados con esa idea de la alegría en Huerta, a saber: el optimismo como misión de la poesía, la alegría como producto de un esfuerzo brutal de la voluntad. En condiciones adversas –la desesperación, la soledad–, lo sencillo y lo posible es, en efecto, la lamentación. En ello radica una crueldad también brutal.

Sin embargo, esta alegría huertiana, si bien puede referirse a esos años en que la izquierda ingresaba como ideología de Estado –esas crónicas son escritas durante el periodo de Lázaro Cárdenas–, también puede aludir a la condición del hombre en el mundo. La guerra es terrible, el crimen y la miseria también lo son. Lo realmente arduo es sobreponerse ante esas condiciones y conservar eso que Huerta llama "optimismo", "alegría". En esa misma crónica, lo dirá, más adelante, de la siguiente forma: "Es agobiante reaccionar contra la tragedia. Pero es triunfal y digno de nosotros. La poesía nos da maravillosos medios de victoria, y más

todavía cuando es «manejada» por jóvenes conscientes de su papel de habitantes de un planeta compuesto por nacionalidades insolentes como las fascistas, y por estado democráticos o plenamente socialistas, como la Unión Soviética" (122-123).

Poesía, alegría y juventud se engarzan en el pensamiento huertiano. Hay también, como echa de verse, esa fascinación y predilección por el socialismo ruso. Quisiera detenerme, sin embargo, en esa feroz tarea que Huerta le confiere a la poesía y a los poetas: no capitular ante la desesperanza, ser joven. En estos dos movimientos, gracias a esas dos acciones, emerge la alegría.

¿Qué se puede responder, quien no ha experimentado o vivido, ante la guerra y la desesperanza? En el pensamiento de Huerta, todo. Incluso en el que se manifiesta en sus poemas "adultos". El brío de la juventud nada o poco tiene qué ver con la mirada adulta de aire de superioridad. En Huerta, esta juventud tiene que ver precisamente con la manera en que se mira al mundo: fascinado, optimista y, digámoslo de una vez, alegre.

En efecto, ésta es una de las funciones de la poesía, como lo ha dicho Huerta unas líneas arriba. Pero este brío de juventud, que se traduce en alegría y en poesía, también está contenido en sus crónicas. Se dirá, con justa razón, que se debe a la edad en que el poeta escribió esas crónicas, sin embargo, habrá que

Asunción Rangel. "Lo difícil es mantener la alegría. Consideraciones en torno a las crónicas de *Aurora roja* de Efraín Huerta"

notar la manera en que Huerta escribe sobre las calles, los cafés, sobre la *postcard*, sobre el paisaje en sus visitas a Toluca o a Michoacán.

### **La ciudad por venir**

La ciudad imaginada por Huerta estaría habitada por rosas. La potencial presencia de aquello que teñiría de rojo a la ciudad, sin embargo, y como el propio verbo lo indica, está condicionada. Para que la ciudad, en efecto, sea habitada por rosas, es necesario que algo suceda. Las estipulaciones para ese hábitat idóneo están esbozadas en otra de las crónicas de *Aurora roja*. Me refiero a "Ciudades en el aire". En poco más de una página, Huerta confronta dos espacios, dos ciudades, para señalar cuál de ellas podría ser poblada por esas flores:

Inventar ciudades, proporcionales habitantes apacibles y echarlas a todas por el mundo como a criaturas irresponsables, es asunto comprometedor y peligroso, como que puede provocar voces de airada protesta y hasta sangrientos atentados dinamiteros. Porque tendrían que ser ciudades de cristal, tezontle y aluminio, con moradores prestigiados como liróforos de todos los matices, tonos, tendencias y virtudes. Inventar ciudades para poetas, ciudades de aire, no es entretenimiento para agazapados, sino placer de seres que saben imaginar y maravillarse, que jinetean raudas nubes o se dedican al ratonero comercio del ideal (2006: 133).

La invención de la ciudad es, como se nota, un trabajo arduo y no para cualquiera. En esta labor debe haber compromiso y plena conciencia del peligro que supone. Inventar la ciudad y darle nombre –existencia–, acarrea, en opinión de Huerta, la amenaza latente de la "airada protesta y hasta sangrientos atentados dinamiteros". En las siguientes líneas, Huerta se refiere a esa suerte de

condicionante para el surgimiento de una ciudad que, aparentemente, desea: tendría que ser de "cristal, tezontle y aluminio". Es elocuente que sean esos tres elementos a partir de los cuales se fundarían la metrópoli, ya que se trata de componentes básicos –desde el punto de vista de la Física– y que, por si fuera poco, comparten el ser una manifestación de la materia en su forma sólida. Pero, evidentemente, Huerta no quería darnos una cátedra de Física, lo suyo es la poesía, lo que ahí discute tiene que ver con las ciudades de aire. Me interesa destacar que haya elegido estos tres elementos para fundar una ciudad, ya que todos ellos se refieren a un principio, poéticamente hablando, de articulación de la existencia. Se trata de elementos básicos, fundacionales, de todo lo existente; pero también, de tópicos que se inscriben en el ámbito de lo telúrico, de lo terrenal y de lo material.

A través de la referencia al cristal, pareciera que Huerta llama a poner atención en lo nimio –como una roca–, pero que, esencialmente, es cifra de la transparencia. El cristal, indica Chevalier, "es uno de los más bellos ejemplos de unión de los contrarios: el cristal, aunque sea material, permite ver a través de él, como si no fuese material" (1986: 358). Esta reunión de opuestos, cifrada en el tópico del cristal, encuentra una sugerente relación con el título de la crónica: "Ciudades en el aire". Si el cristal es una roca sólida, es también transparente, como el aire. Tenemos así que los elementos ahí mencionados, más que encerrar

Asunción Rangel. "Lo difícil es mantener la alegría. Consideraciones en torno a las crónicas de *Aurora roja* de Efraín Huerta"

una relación de exclusión, implican lo inverso: inclusión. Ahí tendrán cabida "todos los matices, tonos, tendencias y virtudes", y serán los "liróforos" sus habitantes por excelencia. Respecto de la manera de llamar a los poetas –"liróforos"–, no deja de llamar la atención la elección de Huerta. Se trata de una palabra de origen griego que, etimológicamente, designa a una persona que se dedica al arte de tocar la lira. Poeta, al fin y al cabo.

Hacia el final de la cita a la crónica de Huerta arriba transcrita, se advierte el contrapunto entre dos ciudades, en una de las cuales las rosas huertianas podrían florecer. Hay que destacar que una suerte de demiurgo sería quien esté facultado para inventar esas ciudades, y su labor se distingue, indica Huerta, por el "placer" de quien sabe "imaginar y maravillarse", algo muy lejano al "entretenimiento para agazapados". Todo a favor de la creación y la fascinación. Todo en contra de la simple diversión y de aquello que se ejecuta sin conciencia crítica. El jineteo de "raudas nubes" al que se refiere el autor de *Los hombres del alba*, me parece, se inscribe en la primera creencia; mientras que "el ratonero comercio del ideal" encuentra una explicación en las siguientes líneas de la crónica que vengo comentando:

Producto de un rato de inestable meditación fue el proyecto nuestro de una Ciudad Poética en la cual, hombro con hombro, trabajarían todos los obreros de la poesía –esos obreros del aire–, desde los ídolos que a cada momento están por derrumbarse hasta los peleadores mozos de la actualidad. Lo aventurado es la mezcla: riñas entre la sangre que es sangre y la que ya es agua simple; pleitos inevitables entre los viejos dragones y los nuevos guerrilleros que ante nada se asustan y contra todo arremeten; choques entre los

Asunción Rangel. "Lo difícil es mantener la alegría. Consideraciones en torno a las crónicas de *Aurora roja* de Efraín Huerta"

que hacen artepurismo de guardarropa y aquellos que desean iluminar el mundo con un arte sin oscuridades ni servilismo (133).

Serán los obreros de la poesía quienes labren en el aire. No los poetas. O, al menos, quienes en la época en que Huerta escribe sus crónicas, ostentan ser los "liróforos", los bates, los bardos. La crítica no puede ser más clara. Huerta arremete contra quienes "hacen artepurismo de guardarropa", contra "los viejos dragones" y, también, contra "los nuevos guerrilleros que ante nada se asustan y todo arremeten". El reproche va dirigido a algunos de los escritores del grupo denominado Contemporáneos<sup>3</sup> –si se habla de "artepurismo" y de "viejos dragones"–, pero también contra quienes por "todo arremeten", contra quienes no muestran una conciencia crítica pero, ni qué decir, habitan esa Ciudad Poética.

Huerta cree en la juventud, en su brío. En ella ve el deseo por "iluminar el mundo con un arte sin oscuridades ni servilismos". Esa sangre nueva sería capaz de jinetear las "raudas nubes" y aborrecer "al ratonero comercio del ideal". Esa sangre podría ser siempre sangre y no diluirse hasta ser agua simple.

La ciudad por venir, no la Ciudad de México de la década de los 30, está esbozada en los párrafos finales de "Ciudades en el aire":

Sería delicioso cantar con amor a la ciudad; lo haríamos con el mayor gusto y entusiasmo. Estamos seguros, además, de que algún día tendremos que hacerlo. Pero la hora no ha llegado. No han sonado aún las campanadas liberadoras de tanto sentimiento angustioso, de tanta confusa aleación de indeseables purezas y falsedades ostensibles. No es tiempo de inyectar alegrías y vivezas a una cosa tan sucia y embustera que ha llegado a ser por causa de un ejército de pillos estériles, de asesinos de todo eso que para la juventud es indispensable y vital (134).

Asunción Rangel. "Lo difícil es mantener la alegría. Consideraciones en torno a las crónicas de *Aurora roja* de Efraín Huerta"

Como lo indica Sheridan, será hasta 1944, con los poemas de *Los hombres del alba*, cuando para Huerta haya llegado la hora de cantar con amor a la ciudad. Hasta la mención a las "indeseables purezas y falsedades ostensibles" se advierte esa idea desesperanzada, pero muy crítica, del estado de la poesía mexicana en la década de los 30. En adelante, Huerta indicará los gérmenes que, en efecto, resonarán como los cristales, como el tezontle y aluminio que darán surgimiento a sus declaraciones de amor y de odio a la ciudad de 1944. "Alegría y viveza", "juventud" y "vitalidad", son, quizá, las palabras de mayor peso –e ingenuas, si se desea– con las que Efraín Huerta esboza ese proyecto llamado ciudad en el aire, ciudad poética.

Páginas arriba me he referido a la plástica de la alegría como un principio poético en la obra de Efraín Huerta. Aquí conviene corregir: se trata de un principio vital. La viveza, la juventud y la vitalidad de las que habla no pueden suscribir otro precepto más que el de la alegría, y debe entenderse como alegría, sin más, el amor y la concordia. Se trata del amor que, como ha quedado señalado, tiene su contracara en el odio y en la violencia. Huerta lo dirá de la siguiente manera:

Los hombres de la ciudad ven el asunto con un raro sentimiento de incomprensión y fastidio: llegan las mañanas, las tardes y las noches y, sin embargo, se observa que les falta una brizna de belleza para ser perfectas y redondas. Y entonces los culpables se esconden, huyen a las oscuridades de los roperos y rincones de las tabernas, a mofarse, a sonreír, a hacer leña del árbol que acaban de derribar. Ellos, los amarrados de su propia inconsciencia, son quienes nos han obligado a andar en busca de la felicidad y de sus derivados por todos los caminos y rutas. El odio que les tenemos nos ayuda a combatir sus



Asunción Rangel. "Lo difícil es mantener la alegría. Consideraciones en torno a las crónicas de *Aurora roja* de Efraín Huerta"

instituciones y formas de vida. El desprecio insobornable que por su nefasta labor sentimos es el obstáculo para amar a la ciudad y poder convertirla en poética (134).

El odio se profesa hacia "los amarrados de su propia conciencia", esto es, quienes habitan la ciudad con culpa, escondidos. Son ellos quienes envilecen a la ciudad, y son ellos quienes generan el odio que, paradójicamente, se erige como un generador de brío, de gana de combatir. El odio es "el desprecio insobornable", un sentimiento que impide la concordia y al amor. Estos dos últimos, serían indispensables para convertir en poética a una ciudad que, para decirlo con Huerta y con Neruda, huele a cebolla.

Muchas de las reflexiones contenidas en la crónica de 1937, como es de esperarse, aparecen tanto en la "Declaración de odio", como en la "Declaración de amor". Si en 1937, la ciudad en el aire imaginada por Huerta tendría como germen el cristal, el tezontle y el aluminio, en 1944, la transparencia de lo sólido y del aire, se convertirá en ceniza:

Esta ciudad de ceniza y tezontle cada día menos puro,  
ciudad de acero, sangre y apagado sudor (80).

Estos versos de "Declaración de odio" permiten observar que, en efecto, el optimismo del periodo cardenista ha sucumbido. Lo cristalino ha desaparecido, el tezontle ha perdido su pureza, el sudor se ha apagado. Sin embargo, la ciudad conserva la fortaleza del acero y el brío de la sangre.

Las correspondencias entre la crónica de *Aurora roja* y estos poemas de 1944 no terminan ahí. Sobre el asunto que aquí se discute –el de la alegría como

Asunción Rangel. "Lo difícil es mantener la alegría. Consideraciones en torno a las crónicas de *Aurora roja* de Efraín Huerta"

una manera de estar en el mundo, como un principio generador de todo lo existente y lo verdadero—, cabe comentar los siguientes versos:

Larga, larga ciudad con sus albas como vírgenes hipócritas,  
con sus minutos como niños desnudos,  
con sus bochornosos actos de vieja díscola y aparatosa,  
con sus callejuelas donde mueren extenuados, al fin,  
los rancos emboscados y los asesinos de la alegría (81).

A través del símil y de la adjetivación, Huerta nos da una instantánea de la ciudad. Quienes ahí habitan —las albas, las vírgenes, los minutos, las callejuelas, los asesinos—, lo hacen de manera hipócrita, desnuda, díscola y aparatosa, extenuados. Hay que notar, del último verso, la violencia —incluso sonora— de la que es objeto la alegría. A la alegría se le arrebató la vida, y no será mediante medios cordiales. Aquí, es importante destacar la adjetivación que ha empleado Huerta en los versos arriba citados: hipócritas, desnudos, bochornosos, díscola y aparatosa, rancos. Si algo comparten esos epítetos es la *rudeza* sonora —marcada por el uso de la "r", "t", "d", "ch", "p"—, y, por supuesto, sus significaciones que apuntan, invariablemente, a un estado de irritación, de descomposición.

En otra de las instantáneas de la ciudad que Huerta nos proporciona en "Declaración de odio", los "asesinos de la alegría" aparecen como aquellos que amenazan la posibilidad de ejercer la libertad. Éste es, sin duda, de los actos más violentos contra la alegría y que, como es de esperarse, es profundamente censurado por un poeta como Efraín Huerta:

Pero no es todo, ciudad de lenta vida.

Asunción Rangel. "Lo difícil es mantener la alegría. Consideraciones en torno a las crónicas de *Aurora roja* de Efraín Huerta"

Hay por ahí escondidos, asustados, acaso masturbándose,  
varias docenas de cobardes, niños de la teoría,  
de la envidia y el caos, jóvenes del "sentido práctico de la vida",  
ruines abandonados a sus propios orgasmos,  
viles niños sin forma mascullando su tedio,  
especulando en libros ajenos a lo nuestro.  
¡A lo nuestro, ciudad!, lo que nos hace florecer júbilos,  
risas, risas de gozo de unas bocas hambrientas,  
hambrientas de trabajo,  
de trabajo y orgullo de ser al fin varones  
en un mundo distinto (82).

El cobarde que se esconde, los hijos de la envidia y del caos y, sobre todo, quienes a través de libros que contienen lo ajeno a "lo nuestro", encierran esa figura amenazante de la libertad, que no es otra cosa que una manifestación de la alegría. El contrapunto no podría ser más contundente. Mientras en los primeros siete versos, Huerta se refiere a las condiciones adversas para el surgimiento del júbilo que florece, de las risas de gozo; en la loa contenida en los últimos versos si algo hay es, precisamente, un indicio de que sólo mediante la honestidad y la concordia es posible el surgimiento de las flores, de las rosas. Especular "en libros ajenos a lo nuestro" no es otra cosa que ponerle nombre a la mentira. Y quien miente no puede reír de gozo, no puede, de acuerdo con Huerta, ser varón y habitar "en un mundo distinto".

Hacia el final de "Declaración de odio", aparecerán dos ideas poéticamente caras al pensamiento huertiano. La primera de ellas, tiene que ver con la esperanza y el progreso. La segunda, la posibilidad de convertir al odio en agua fresca para el encuentro de corazones:

Así hemos visto limpias decisiones que saltan  
paralizando el ruido mediocre de las calles,  
puliendo caracteres, dando voces de alerta,  
de esperanza y progreso.  
Son rosas o geranios, claveles o palomas,  
saludos de victoria y puños retadores.  
Son las voces, los brazos y los pies decisivos,  
y los rostros perfectos, y los ojos de fuego,  
y la táctica en vilo de quienes hoy te odian  
para amarte mañana cuando el alba sea alba  
y no chorro de insultos, y no río de fatigas,  
y no una puerta falsa para huir de rodillas (83).

Así termina el Gran Cocodrilo de injuriar a la ciudad, pero lo hace para volver ese desdén en una absoluta "Declaración de amor". La referencia a la "esperanza y el progreso" del cuarto verso, poco tiene qué ver con una promesa que garantizaría un bien estar común a cambio de la cobardía, de la envidia y la mentira –esas maneras de violentar al otro–. En mi opinión, lo que Huerta esboza ahí como esperanzador es todo lo contrario: no prometer lo que ya está y ha estado perdido, sino ver en el aquí y en el ahora las oportunidades de ejercer la libertad y la alegría. No en vano convierte a la esperanza y al progreso, en su poema, en "rosas o geranios, en claveles o palomas", porque al trocar lo abstracto en concreto, lo hace –en un primer movimiento– mediante tópicos que se inscriben en el ámbito de lo fugaz, de lo inefable, como lo son la flor o el vuelo de la paloma. Pero para Huerta esto no será suficiente. Por ello, a esos asuntos evidentemente estetizantes, añade "las voces, los brazos y los pies decisivos", "los rostros perfectos, y los ojos de fuego".

Para un poeta del pelaje de Efraín Huerta es necesario fascinarse y maravillarse, es ineludible imaginar, como lo dice en su crónica "Ciudades en el aire"; es indispensable la rosa, el geranio y la paloma, como lo indica en los versos de "Declaración de odio", pero también es apremiante "inyectar alegrías y vivezas" para vencer, aunque sea por un instante, a los "asesinos de todo eso que para el juventud es indispensable y vital". Esta consigna de "Ciudades en el aire" encuentra su correspondencia, como se ha visto, en los últimos versos de su insuperable "Declaración de odio".

La conjunción entre lo meramente imaginativo y lo meramente material es posible, como lo dice en los versos que cierran su poema, cuando la "táctica" sea "alba / y no chorro de insultos, y no río de fatigas", es decir, cuando el alba se convierta en palabra que conversa, en palabra que busca la concordia y el brío. Ésa es, me parece, la idea de la alegría que reverbera en el pensamiento poético de Huerta. Todo a favor de la concordia. Nada para el insulto y la fatiga. Todo a favor de la alegría como una posible forma de libertad.

## **Las formas de la alegría**

El asesinato como una forma radical que se ejerce contra la alegría aparece en diferentes momentos de *Aurora roja*. Hacia 1937, en el Distrito Federal, Huerta escribe la crónica "El niño furioso". En lo que parece ser el recuerdo de una conversación sostenida con un hombre, se alude a la alegría como un sinónimo de la juventud y del amor: "«Sólo creo en la alegría y en el cinematógrafo. El amor es otra cosa. Definirlo es aislarse; es confesarse deliciosamente estúpido, o que se tienen las manos atadas y los ojos en la estrella más alta [...]»" (129). En esa declaración de creencias, destacan las tres grandes pasiones de Efraín Huerta: la alegría, el amor y el cine. Cabe señalar aquí el copioso trabajo que el poeta de Silao dedicó al cinematógrafo, compilado en dos volúmenes, *Close up*, editado en 2010.

El niño furioso, de quien se ocupa el texto de Huerta, tiene "dieciocho años y una tonelada de comprensibles ambiciones. Vive atropellando todo cuanto encuentra a su paso. No se respeta ni a sí mismo" (129). En la crónica, se deja ver que éstas son las razones por las que debe morir, de mano propia: "Es mi sombra. Mejor: yo soy su sombra. Ya puede usted imaginar mi incomodidad. No soy dueño ya de lo que antes me daba placer. Me extorsiona, en suma. El dilema es claro: o nos reñimos, y alguno de los dos muere o me largo de aquí" (129). La

Asunción Rangel. "Lo difícil es mantener la alegría. Consideraciones en torno a las crónicas de *Aurora roja* de Efraín Huerta"

manera en que el dilema se resuelve es claro cuando Huerta alude, precisamente, a la muerte del niño y la sobrevivencia del hombre.

Unas líneas antes, aparece nuevamente la idea de la alegría como posibilidad de estar en el mundo:

Sé que los tipos como usted tienen esperanza en el advenimiento de tiempos mejores; sé que lo arriesgan todo: que aguantan cárceles, persecuciones, exilios; que están acostumbrados a ver correr la sangre; sé que ustedes jamás lloran; y sé, al fin, y por eso lo admiro, que están reinventando la alegría (129).

La posibilidad del redescubrimiento, acaso la nueva concepción de la alegría, se encarna en la cárcel, el exilio, la sangre y la risa –como opuesto al llano–. Me atrevo a suponer que cuando Huerta pensaba en esa manera de la esperanza, lo hacía también en José Revueltas, quien –quizá también un "niño furioso" en algún momento– vivió profundamente la amargura de la persecución, quien vio correr la sangre y mantuvo ese tesón y brío por reinventar la alegría.

Me permitiré aquí, aludir a algunas líneas escritas por Walter Benjamín durante su juventud. En el texto titulado "Experiencia", se refiere a la "máscara de los adultos [que] es la «experiencia»" (1993: 93):

Es una máscara inexpresiva, impenetrable, siempre igual a sí misma. Todo lo han vivido ya estos adultos: juventud, ideales, esperanzas, mujeres. Todo resultó ser una ilusión. A menudo se encuentran acobardados o amargados. Probablemente tengan razón los adultos. ¿Qué podemos responderles? Aún no hemos experimentado nada (93).

Escritos durante sus veinte años –tanto en el caso de Benjamin como en el de Huerta–, la apuesta por ver en la juventud una posibilidad de la existencia plena, es innegable. Indica el autor de *El libro de los pasajes*: "como los adultos jamás

elevan los ojos hacia la grandeza y la plenitud de sentido, su experiencia se convierte en el evangelio de los filisteos y les hace portavoces de la trivialidad de la vida" (94). La juventud, de esta manera, es la portadora por excelencia de la esperanza, de lo auténtico, nunca de lo trivial.

Otro de los momentos de la crónica de Efraín Huerta, permite señalar otra resonancia entre el pensamiento del poeta y el del filósofo de origen alemán. Hacia 1928, Benjamín hacía un viaje en la ciudad de Nápoles. Ahí, al descubrir con su mirada esos aspectos de una metrópoli como sólo lo podía hacer él, Benjamin se refiere a las maneras de la alegría. Aquí un momento de su texto que, me parece, guarda cierta filiación con el talante de Efraín Huerta:

Algunos comen *maccaroni* con las manos, habilidad que exhiben a los extranjeros a cambio de algún dinero. Otras cosas se pagan por tarifa. Los comerciantes pagan un precio fijo por las colillas de cigarro que se sacan de las ranuras del piso en los cafés después de la hora de cierre (antes se las salía a buscar con antorchas) y se venden en los puestos del barrio portuario junto con los restos de comida de los restaurantes, sesos de gato cocidos y mariscos. Hay música que va de un lugar a otro: no es melancólica para la corte, sino radiante para las calles. Del carro ancho, una especie de xilófono, cuelgan textos de canciones en colores. Aquí se los puede comprar. Un hombre los hace girar; el otro, a su lado, aparece con el plato ante cualquiera que, distraído, pudiera llegar a quedarse parado. Así todo lo alegre es móvil: música, juguetes, helados se propagan a través de las calles (2011: 28).

Tenemos así que la alegría no puede ser de otra manera más que movilidad, pero una movilidad que sólo se advierte cuando se transita por las calles, cuando se tiene la sensibilidad de la juventud, como sinónimo de vitalidad.



Efraín Huerta, en otra crónica de 1937, titulada "Plástica de la alegría", se referirá en estos términos a eso que Benjamin llama lo alegre, como parangón de lo móvil:

Alegría al aire libre, la más pura, sana y eficaz, espontánea y sincera. Sobre la fresca tierra y bajo de un cielo iluminado por briznas otoñales y definitivos roces de invierno, como de un invisible surtidor, brota la bulliciosa alegría, escandalizando juventudes, alarmando pulcras ancianidades y gritando a voz en cuello su magnífica superioridad. Allí la alegría, fundida a golpes de entusiasmo con los gritos jubilosos, con el aplauso de las multitudes y la risa entonada por miles de gargantas. Allí, en las despiertas calles y avenidas por donde desfilan centenares de atletas, docenas y docenas de maestros y nutridos y prometedores grupos de muchachas y niños (146).

Publicada originalmente en *El Nacional* el 14 de diciembre de 1947, sorprendería que la crónica se refiere a un desfile. Ingenuo, si se quiere, Huerta ve la más pura manifestación de lo alegre en la cotidianeidad. Ingenuo, en efecto, y además romántico. Me atrevería a aventurar que si la apreciación de Huerta es romántica, lo es en el sentido ingenuo:

Lo ingenuo es inmediata comunión con la naturaleza, lo sentimental es el intento de volver a esta condición tras haberse adentrado en la artificialidad; lo contrario de la sensibilidad ingenua es la inteligencia con su reflexión, [...]. La poesía, guardián de la naturaleza, sólo podría representar en sí misma esta gran dicotomía. Los poetas o *son* naturaleza o *buscan* la naturaleza perdida, o son *ingenuos* o son *sentimentales*. Los primeros forman parte perfectamente de su obra, los segundos tienen con ella una relación difícil, porque, mientras que el poeta ingenuo forma un todo con su objeto, el poeta sentimental *reflexiona* sobre él, interponiendo entre sí y el objeto una distancia que no se puede cubrir (D'Angelo, 1999: 56-57).

Si bien esta distinción sirvió a Friedrich Schlegel para distinguir entre arte clásico y arte romántico, me parece que la *ingenuidad* de Huerta abreva de su comunión con la realidad, con la naturaleza. El autor de *Aurora roja* forma parte de su obra, sin que esto quiera decir que no tenga una relación conflictiva con ella; conflictiva

y crítica. De las categorías estéticas del romanticismo, me interesa destacar esa distancia que poetas de la talla de Novalis o Hölderlin interpusieron entre ellos y los objetos de su reflexión. Para el poeta sentimental, se trata de una distancia insalvable; mientras que para el ingenuo no hay tal. El poeta ingenuo es uno con la realidad. Tenemos así que cuando Huerta se refiere a la "fresca tierra", "el cielo iluminado", de las "despiertas calles y avenidas" está hablando poéticamente de sí mismo. El estertor, la lozanía, el júbilo y los gritos que es capaz de observar ahí, son correlativos a su propia condición, sin estratagemas, sin complicaciones. Sin embargo, la consecución de la alegría, dirá Huerta unas líneas más adelante, implica merecerla, pero también saber qué hacer con ella:

No todos tenemos derecho a ella, porque no todos sabemos utilizarla, perderla y recobrarla. La alegría, como el amor y el odio, nos entra lenta, detenida y obstinadamente, sin apenas sospecharlo nosotros. [...] Así la alegría, nacida de lo más arbitrario e insospechable, creada al amparo de la libertad –de la humana y lenta libertad– y el entusiasmo (146).

Tener derecho a la alegría, implica hacer de ella no un fin, sino un medio para la libertad humana. Ser alegres no nos hace libres, sino que nos da una suerte de instantánea del proceso en que el hombre está inmerso. La alegría nos permitiría ver en el amor y en el odio, por ejemplo, dos momentos excepcionales donde el Hombre asoma. Así sucede con la alegría. La promesa no es la felicidad o la libertad, ni siquiera existe tal promesa. Huerta apuesta por saber perder, usar y ganar a través del amor, del odio y de la alegría. Sólo una cosa es segura: la persistencia, la creencia en el entusiasmo.

Asunción Rangel. "Lo difícil es mantener la alegría. Consideraciones en torno a las crónicas de *Aurora roja* de Efraín Huerta"

## Corolario

"Pues más dulce que la alegría es la espera de la alegría"

Las crónicas de 1938 y 1939 de *Aurora roja*, acaso menos beligerantes que las de los dos años anteriores, se distinguen por referirse o a la obra de ciertos poetas o a la descripción

–poética, evidentemente– de algunas zonas geográficas de México. Luis Cernuda, Arturo Serrano Plaja, Carlos Pellicer, Pablo Neruda, Walt Whitman, José Bergamín, Emilio Prados, Miguel Hernández y Juan Gil-Albert, son algunos de los poetas que le merecen atención al Huerta de esos años. Si bien el centro de atención es, en efecto, uno distinto al de las primeras crónicas, la importancia de la conversación, el papel central que tienen el amor, el odio y la alegría, no serán dejados de lado.

En "Perra nostalgia", un poema escrito en 1971 y perteneciente al libro *Los eróticos y otros poemas*:

Estaba el primer libro  
de Rafael Solana  
el primero de Octavio  
Se consideraba se era pobre  
se empurpuraba la poesía  
porque queríamos ser  
recelar masturbar el viento  
aromar la algarabía  
al pie de los murales  
de Siqueiros y de Orozco

Vagar  
estudiar  
criminalmente (Huerta: 2014: 400-401).

Respecto de este momento de la producción poética de Huerta, Guillermo Sheridan indica:

Dirá Huerta años más tarde que esa forma de vivir, sentir y pensar resultó a la larga insostenible. Y agrega que "la decepción es demasiado objetiva, demasiado visual para encontrar ya en aquel muchacho un ejemplo a seguir". ¿Por qué esta posterior amargura? La lectura de las crónicas que recoge este libro [se refiere a *Aurora roja*] puede aportar una respuesta, no sólo para Huerta sino para muchos actores de esa puesta en escena del entusiasmo que fue el sexenio de Cárdenas (2006: 28).

Porque ciertamente había ya aniquilado a su "niño furioso", pero esto sucedió años antes, treinta y cuatro exactamente, cuando había ya publicado la crónica de 1937. La decepción, la nostalgia, la perra nostalgia, descuellan en la última producción de Huerta, si sólo se atiende al poema citado unos párrafos arriba. Un ejemplo del anverso de esa "amargura", me parece, está contenido en un poema de 1976, dedicado a José Revueltas en el año de su muerte y con quien, cabe agregar, formó parte de la Célula "José Carlos Mariátegui" del Partido Comunista de México y compartió, en el sentido más extenso y profundo de la palabra, una camaradería:

Ese hijo de Dios, de todos los dioses,  
ese joven hermano a quien una extraña tarde de  
ardientes y vociferantes, enterramos  
en la misma fosa donde su hermano Silvestre  
había reposado larguísimos años.

Yo me sentí tristemente  
alegre, porque él, José, fue mi hermano  
mi tibieza, mi tiempo juvenil y  
mi amor a la vida (429).

Asunción Rangel. "Lo difícil es mantener la alegría. Consideraciones en torno a las crónicas de *Aurora roja* de Efraín Huerta"

Ante la muerte, la reivindicación del sentimiento amoroso; ante la muerte, la presencia de la sangre, la certeza de la vitalidad, de la conversación. De todas esas certidumbres, el Gran Cocodrilo da testimonio en "Revueltas: sus mitologías": un absoluto amor a la vida.

### **Obra citada**

- Benjamin, Walter. *Denkbilder, epifanías en viajes*. Trad. Susana Mayer. Buenos Aires: El Cuenco de la Plata, 2011.
- \_\_\_\_\_. *La metafísica de la juventud*. Trad. Luis Martínez de Velasco. Barcelona: Paidós, 1993.
- Cirlot, Juan-Eduardo. *Diccionario de símbolos*. Barcelona: Labor, 1982.
- Chevalier, Jean y Alan Gheerbrant. *Diccionario de los símbolos*. Trad. Manuel Silvar y Arturo Rodríguez. Barcelona: Herder, 1986.
- D'Angelo, Paolo. *La estética del romanticismo*. Trad. Juan Díaz de Atauri. Madrid: Visor/La Balsa de Medusa, 1999.
- Domínguez Michael, Christopher. *Diccionario crítico de la literatura mexicana*. México: Fondo de Cultura Económica, 2007.
- González Tuñón, Raúl. *La rosa blindada*. Argentina. 1996. Consultado en <http://www.rebelion.org/docs/129729.pdf> (enero de 2015).
- Huerta, Efraín. *Poesía 1935-1968*. México: Lecturas Mexicanas, 1986.
- \_\_\_\_\_. *Aurora roja. Crónicas juveniles (1936-1939)*. Ed. Guillermo Sheridan. México: UNAM/Pecata Minuta, 2006.
- \_\_\_\_\_. *Poesía completa*. Ed. Martí Soler. México: Fondo de Cultura Económica, 1988.
- \_\_\_\_\_. *Poesía completa*. México: Fondo de Cultura Económica, 2014.
- \_\_\_\_\_. *El otro Efraín. Antología prosística*. Ed. y Sel. Carlos Ulises Mata. México: Fondo de Cultura Económica, 2014.
- Monsiváis, Carlos. *Las esencias viajeras. "Palabras al margen"* de Antonio Saborit. México: Fondo de Cultura Económica/CONACULTA, 2012.
- Monsur, Mónica. *Efraín Huerta: Absoluto Amor*. Presentación de José Emilio Pacheco. México: La Rana, 2014.
- Ramos, Julio. *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*. Caracas: El Perro y la Rana, 2009.

Asunción Rangel. "Lo difícil es mantener la alegría. Consideraciones en torno a las crónicas de *Aurora roja* de Efraín Huerta"

Sánchez Prado, Ignacio. *Naciones intelectuales: la modernidad literaria mexicana de la Constitución a la frontera (1917-2000)*. Tesis doctoral, Universidad de Pittsburgh, 2006.

Sierra, Justo. *Obras completas, tomo VI, Viajes. En tierra yankee*. México: UNAM, 1948.

<sup>1</sup> No quisiera dejar de mencionar que, en una de las conferencias que dictó en el marco de la Cátedra Alfonso Reyes en agosto de 2001, además de mostrar su profundo y fino conocimiento de la poesía mexicana del siglo XX, recita –casi en su totalidad y de memoria– *Canto a un dios mineral* de Jorge Cuesta. Vale la pena agregar otro dato: la antología de *Poesía Mexicana* (1915-1985) que en 1992 preparó para la editorial Promexa.

<sup>2</sup> Existen, por supuesto, los lectores asiduos de ciertas publicaciones periódicas. Con lector "ocasional" me refiero a aquél que busca –y que regularmente encuentra– la volatilidad, el ingenio, la conversación desenfadada, que suelen distinguir al periódico.

<sup>3</sup> Unas líneas más adelante, Huerta se referirá a la "poesía para choferes y cobradores de camión; poesía discreta, fina, de salón y de estribo; poesía de las rutas asfaltadas de la ciudad de México; poesía fabricada por canallitas y viciosos, buscadores eternos del mejor sistema para encanallarse más" (133). Como lo indica Sheridan, se refiere a Novo: "Nueva alusión a Salvador Novo, «poeta chofer», como le dijo Carlos Pellicer, y editor de la revista *El chafirete*, chismes y cultura para los trabajadores del volante, caros a su deseo" (en Huerta: 159).